

## CAPITULO XXI.

Llegada al río Grijalva.—Desembarque en la punta de los Palmares.—Combate en Centla.—Cortés funda la villa de Nuestra Señora de la Victoria.—Paz y amistad entre españoles y tabasqueños.—Cortés continúa su viaje á Veracruz, y emprende la conquista de México.

Cambiando su derrota, tomaron rumbo hacia las costas de Tabasco, y, el 12 de Marzo de 1519, surgieron, echando anclas frente á la barra del río Grijalva; pero no se atrevieron á cruzarla, porque la hallaron baja y atormentada por los remolinos que forma el río al desembocar en la mar. Prefirió Cortés dejar los buques de mayor calado en la mar, y embarcar una parte de su tropa en botes y en los bergantines de poco porte. Así subieron el río hasta llegar á la punta de los Palmares, distante media legua del pueblo de Tabasco. En este lugar, desembarcaron con gran dificultad, por lo quebrado del barranco. Desde allí se divisaba perfectamente el cercano pueblo con sus casas de adobe y techumbre de paja. Notábase también que sus habitantes estaban solevantados, pues se veía una muralla ó cerca de madera con almenas y troneras para flechar y tirar piedras y varas; y si alguna duda pudiera caber del espíritu hostil que los animaba, se desvanecía con la vista de canoas armadas en gue-

rra, que hormigueaban en lontananza. Cuando estas canoas estuvieron al alcance de la voz, Cortés se esforzó en hacerles señales de paz, y les hizo decir, por medio del intérprete Aguilar, que no venía á hacerles la guerra; mas los indios, con ademanes y gestos de furor, se mostraban irritados, é intimaban á los invasores para que desanduviesen camino, amenazándolos si persistían en subir el río. Cortés insistía en que venía de paz, y, en prueba, les pedía provisiones de boca; y los indios, con deseo de librarse de la invasión, acudieron al punto con bastimento de maíz, pan, frutas y gallinas, y, al presentarlo, suplicaban á Cortés que no insistiese en llegar al pueblo.<sup>1</sup>

Cortés, no obstante, tenía ya determinado reconocer la población, y les contestaba con evasivas. Desde luego comprendieron los indios cuál era la resolución de Cortés, y, sagaces, se propusieron entonces ganar tiempo para poner en resguardo sus bienes y familias y aprestarse á hacer tenáz resistencia. Suplicaron á Cortés que esperase al día siguiente, y que le traerían mayores bastimentos, ya que los ofrecidos, según expresaba, no eran suficientes. Cortés, no menos perspicaz que sus contendientes, fingió ceder á la súplica, y esperar al día siguiente las provisiones ofrecidas; mas, en tanto que los tabasqueños aprovechaban la noche en alistarse para el ataque, él saltó con su gente en una isleta que hacía el río; hizo traer toda la gente de los navíos; mandó practicar reconocimientos río arriba, y

<sup>1</sup> Gomara, op. cit. pág. 306.—Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 26. Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 471.



puso emboscadas.

Al amanecer el día 24 de Marzo de 1519, ya todo estaba listo para el ataque; y, con objeto de explorar el campo, envió Cortés á Pedro de Alvarado con cien infantes, por un lado; y por otro, á Francisco de Lugo, con otros ciento. Todo el terreno era fangoso y el bosque intrincado; pero su misma escabrosidad parecía que estimulaba á los intrépidos castellanos. Los dos capitanes llevaron instrucción de no avanzar más de dos leguas del campamento, y de que, al caer de la tarde, se retirasen para volver á dormir al real. Se internaron las dos compañías en el bosque, y la de Lugo, como una legua distante del campamento, se vió repentinamente cercada de escuadrones de indios flecheros que semejaban como densas y negras nubes. Apenas los españoles habían distinguido aquella multitud de enemigos, cuando fueron abrumados por flechas, piedras, y varas que sobre ellos caían. Continuar adelante era un imposible, y lo único practicable era batirse en retirada: así empezó á ponerlo por obra Lugo sin más demora; pero antes, con toda rapidéz, hizo salir un indio de Cuba para que se volviese al campamento y avisase á Cortés del duro trance en que se hallaba. Y muy en sazón tomó esta medida, porque apenas el diestro corredor cubano había desaparecido entre la maleza, cuando Francisco de Lugo notó que no podía ni aun practicar la retirada, sitiado como estaba por todos lados. Se hizo fuerte en el lugar, y se propuso resistir los ataques hasta que llegase el auxilio que había pedido. Formó en escuadrón sus ballesteros, y unas veces á la defensiva, y otras arremetiendo con denuedo, se sostuvo

contra la inmensa multitud que quería hacerle pedazos.<sup>1</sup>

Por su parte, Alvarado, que andaba en la dificultad de vadear un estero, oyó el estrépito de la pelea, y, guiándose por el estampido de los tiros de ballesta, se fué aproximando al lugar de la refriega, pensando que Lugo debería estar muy comprometido, á juzgar por lo nutrido del fuego. No pudo llegar más á tiempo este auxilio, porque Lugo, con su gente cansada de batirse, casi no podía ya detener el ímpetu de sus agresores, pero, reforzado con los soldados de refresco que llegaban, pudieron romper el sitio, y, unidas ambas compañías, batirse en retirada, y llegar al campamento, en momentos en que Cortés también acababa de rechazar otra embestida vigorosa que los tabasqueños le habían dado. La refriega costó á los españoles un muerto y ocho heridos.

Comprendió Cortés por este combate que tenía que habérselas con gente valiente y atrevida, dispuesta á luchar palmo á palmo; y, por lo mismo, se decidió á ganar al día siguiente una completa y ejemplar victoria.

Amaneció el 25 de Marzo de 1519, y ya tenía apercibida su tropa de las tres armas: infantería, artillería y caballería. Escogió para la caballería á los mejores ginetes tales como Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo, y él mismo se puso á su cabeza. Mandó que colocasen á los caballos cinchas de cascabeles, y que las cargas de caballería se diesen con brío é impetuosidad, sin pa-

<sup>1</sup> Bernal Díaz del Castillo, op. cit. pág. 27.



rarse á lancear á los indios, sino que les pasasen las lanzas por los rostros, con el objeto de que el arranque de los caballos desbaratase y atemorizase los escuadrones de indios, para ponerlos en fuga. El mando de la infantería tocó á Diego de Ordáz; y la dirección inmediata de la artillería, al artillero Mesa, que en Italia se había distinguido.

Se prepararon para la batalla oyendo la misa que dijo el padre Olmedo, y, concluída, se pusieron en marcha en busca del enemigo. No tardaron en encontrarlo, que parece también había despertado ganoso de combatir; y, á distancia como de una legua, en un llano, junto á una aldea llamada Centla, se encontraron los dos ejércitos, y se empeñó sangrienta batalla.

La aldea de Centla estaba rodeada de dilatadas sabanas, surcadas por innumerables senderos. Los indios en número inmenso, con las caras pintadas de rojo, blanco y negro, y armados de flechas, de hondas y montantes, acudían de todos los rumbos, y se arrojaban sobre los españoles en grandes escuadrones, como leones furiosos y sin miedo. Fué tan violenta la primera embestida que más de setenta españoles quedaron heridos; pero el mismo arrojo de los indios y valor con que se aproximaban hasta quedar los combatientes con las lanzas y espadas pie con pie, proporcionó á los españoles coyuntura para defenderse, pues encontrando á los enemigos tan cercanos, los desbarrigaban á centenares con sus espadas, y, con los proyectiles de sus ballestas y esmeriles, los hacían caer hechos pedazos.

Conociendo el daño los indios, se apartaron un tanto, pero sin cesar de flechar; antes, resguardán-

dose entre el follage, proseguían con saña la lucha. En vano Mesa con sus artilleros sembraba el suelo de cadáveres: el número de los combatientes, en vez de disminuir, parecía multiplicarse y brotar de las sabanas circunvecinas cubiertas de ciénagas, acequias y arroyuelos. Ordaz con sus infantes no podía adelantar un paso, porque contra cada soldado suyo, había trescientos indios: no quedaba para él más salvación sino la llegada de Cortés con la caballería, y Cortés, sin embargo, tardaba, demorado en vadear una ciénaga, en medio de los ataques de pe lotones de indios que le molestaban sin cesar.

A pesar de este obstáculo, Cortés venía aguijoneado por el estruendo de la batalla que se repercutía en sus oídos, haciéndole adivinar el aprieto en que sus compañeros se encontraban. Al fin, pudo cruzar la ciénaga, y, aprovechando la condición de tener buenos jinetes con caballos revueltos y corredores, se dirigió con toda velocidad y violencia al punto de donde oía el ruido del combate. Asomó con sus jinetes muy oportunamente, á retaguardia de los tabasqueños, quienes entregados sin aliento á batir á Ordaz, no sintieron la aproximación de la caballería, sino cuando la tenían alanceándoles las espaldas. Cortés dió una carga abierta contra los escuadrones de los indios, al mismo tiempo que Ordaz, alentado por la aparición de Cortés, cerró por el otro lado, firme y decisivamente.

Los tabasqueños, cogidos así de improviso entre dos fuegos, y espantados con la vista de los jinetes, que suponían como si formasen un solo cuerpo caballo y caballero, no pensaron sino en emprender precipitada fuga, escapándose por todos la-



dos, ciscándose de miedo cerval, y en completa derrota. La carnicería fué espantosa, pues en una hora que duró la batalla, quedó el campo sembrado de más de ochocientos cadáveres<sup>1</sup> de indios, y cuando, después de concluída, pudo pasearse el campo, todavía se escuchaban los quejidos y lamentos de los heridos que agonizaban sin consuelo y sin alivio.

Apenas concluída, allí mismo, á la sombra de unos árboles, Cortés y sus compañeros rindieron gracias á Dios por la señalada victoria que acababan de alcanzar; y como era día de Nuestra Señora de la Encarnación, en remembranza se fundó la ciudad de «Santa María de la Victoria.»<sup>2</sup>

Los indios quedaron escarmentados con tanto estrago, y resueltos á tratar de paz. Al día siguiente, se presentaron en el real de Cortés cuarenta indios viejos y principales. Traían un buen presente de gallinas, pavos, pan, frutas, cacao, joyas de oro, y quince ó veinte mujeres para que guisasen la comida, é hiciesen el pan de maíz á los españoles. Fueron recibidos por Cortés con agasajo, y para mayor muestra que quiso darles de su propósito de no querer asolar el país, mandó poner en libertad á los prisioneros que había hecho, y entre ellos, á algunos que, heridos, había mandado curar como á sus propios soldados. Quedó luego establecida la amistad entre indios y españoles, juzgándose estos, desde entonces, en posesión de los territorios de Tabas-

<sup>1</sup> Bernal Díaz del Castillo.—Las Casas refiere que los muertos ascendieron á treinta mil; pero evidentemente hay en esto exageración inverosímil.

<sup>2</sup> La villa de Santa María de la Victoria estaba en un placel que se hace de la parte del norte, y sobre un brazo del río que va á un pueblo que se dice Taxagual.—*Relación del Cabildo de Santa María de la Victoria á S. M.*

co, y á sus habitantes como súbditos del rey de España.

Quedaron, en efecto amigos, porque continuaron en pláticas, regalos, y conversaciones, y, en uno de los últimos días de Marzo de 1518, vinieron con gran pompa y solemnidad todos los caciques y principales á saludar á Cortés. Como este día había preparada una gran solemnidad, se reunieron todos en un patio donde tenían puesto un altar, y allí el padre Olmedo predicó, por medio de intérprete, y, como domingo de Ramos, se verificó una devota procesión: semejante solemnidad fué como de despedida, pues al siguiente día, lunes santo, se embarcó Cortés, rumbo á Veracruz, para conquistar el gran imperio de Moctezuma.